

EL MILAGRO MEXICANO:

LEGADO DE LA REVOLUCIÓN

Alejandro Guadalupe
Fierros Benítez

*9º semestre
Licenciatura en Historia
Universidad Autónoma de Aguascalientes*

El periodo comprendido entre las décadas de 1940 y 1970 en México es conocido como el “milagro mexicano”, pues en éste la economía mexicana creció con una tasa anual superior al seis por ciento, la cual fue mantenida alrededor de treinta y cinco años. Este desarrollo económico estuvo sostenido por la estructura y operación de sus sistemas políticos, en donde además hubo una importante inversión gubernamental en infraestructura industrial y agrícola. Se produjo así un periodo de rápida industrialización que elevó velozmente los ingresos de ciertos grupos, por demás reducidos, mientras que los ingresos de los otros sectores aumentaron con lentitud, en algunos casos no aumentaron o incluso disminuyeron; todo lo cual estuvo apoyado en la industrialización por sustitución de importaciones. Estos grupos que se beneficiaron del rápido crecimiento económico fueron la elite postrevolucionaria que se desarrolló entre las dos décadas anteriores, siendo así el grupo vencedor del movimiento revolucionario, los construc-



tores del país en los años posteriores, de los principales beneficiados.

El crecimiento económico moderno de México tuvo su origen en la afluencia de inversión extranjera y en el surgimiento de empresarios nativos durante los años de la dictadura de Porfirio Díaz. La Revolución volvió lento ese crecimiento durante treinta años, pero los cambios en la estructura social y las posibilidades de movilizaciones sociales fueron favorables para el auge económico posterior a 1940. Además, este crecimiento se dio gracias a las políticas gubernamentales que atrajeron al sector privado mexicano y a la productividad de la inversión en general.

Durante el periodo cardenista se habían gestado importantes reformas sociales y políticas en las cuales se había beneficiado principalmente a las clases populares, con una enorme repartición de tierra, y expropiaciones en las industrias petroleras, eléctricas y agrícolas. Su economía estuvo basada en la agricultura y en la exportación de minerales. Ante estas medidas, los gobernantes que le sucedieron “lanzaron de lleno al país a una nueva empresa: propiciar por todos los medios el crecimiento económico y cambiar materialmente en unas cuantas décadas al país”.¹

Comienza entonces un proceso en la historia de México en el cual la industria-

lización en todas las ramas de la economía constituye la nota dominante de la sociedad mexicana contemporánea, la cual estaba dominada por una fuerte corriente nacionalista producto de la Revolución Mexicana y de un sentimiento de recelo y miedo ante el coloso vecino del norte. Si bien las bases para el crecimiento industrial existían desde antes de 1940, las voluntades políticas en las cuales se dieron algunos decretos que estimulaban al fisco y tarifas arancelarias altas habían comenzado a promover la formación de una estructura manufacturera nacional para satisfacer el mercado interno. La Segunda Guerra Mundial dio las razones inmediatas para el crecimiento de la industria mexicana a partir de 1940. Así, el proceso de transformación económica mediante la sustitución de importaciones se vio primero en los “bienes de consumo relativamente simples para después pasar a los de consumo duradero e incluso de ciertos bienes de capital”.² Esto ocasionó que, aunque para 1940 cerca del 70% de la fuerza de trabajo se encontraba en la agricultura, para 1980 la proporción disminuyera a menos del 40%.

Como este proyecto pretendía que la base económica fuera un capitalismo industrial moderno, se establecieron medidas proteccionistas para la industria nacio-

1 Meyer, Lorenzo, “La encrucijada” en Cosío Villegas, Daniel (coord.), *Historia general de México*, vol. II, El Colegio de México, México, 1994, p. 1276.

2 Zoraida Vázquez, Josefina y Meyer, Lorenzo, *México frente a Estados Unidos (Un ensayo histórico, 1776-1993)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995, p. 178

nal a fin de aminorar los efectos de la abrumadora competencia industrial extranjera, principalmente la norteamericana. Así, se establecieron impuestos para los productos importados. No obstante, debido a la extensa frontera del país con Estados Unidos, era casi imposible pensar en cerrar completamente el mercado mexicano y “[...] de hecho, la industria nacional en desarrollo contó básicamente con el mercado interior del país, en tanto que la zona fronteriza norte se abasteció grandemente con productos norteamericanos”.³

Puede decirse que si bien el partido de la Revolución, monopolizador del poder en sus distintas etapas y distintos nombres: PNR, PRM y PRI, encarnaba el proyecto nacional y que en sus inicios tenía un contenido social heredado del movimiento, poco a poco fue ampliando los espacios de libertad económica y cívica aunque en beneficio de una clase minoritaria favorecida por la división del espacio político en la retórica de amigos y enemigos de la Revolución, donde paradójicamente los supuestos “amigos” de la Revolución eran quienes aprovechaban su posición política y social para enriquecer e incrementar sus propiedades. De esta manera tenemos que a partir del gobierno de Adolfo López Mateos el reparto agrario, logro de la Revolución de 1910, quedó limitado a las tierras improductivas: mientras que las mejores

tierras pararon en manos de unos cuantos; las parcelas más pobres fueron entregadas a los campesinos desprotegidos; además,

las obras de infraestructura, los avances tecnológicos, los créditos, la investigación, etc., son acaparados –en este periodo del “milagro mexicano”– por una fracción reducida de una burguesía agraria que se va consolidando en algunas regiones, específicamente en el noroeste, centro, norte y noreste del país.⁴

La política que adopta el estado durante la Segunda Guerra Mundial fue de unidad nacional, se pretendía que ante el conflicto mundial México debía de estar unido, sin divisionismos políticos e ideológicos. El entonces presidente Manuel Ávila Camacho convocó a una Asamblea de Acercamiento Nacional a todos los ex-presidentes post-revolucionarios. Esta unidad nacional, junto al hecho de que la actividad industrial era más segura y lucrativa que la actividad agrícola, permitió que los círculos empresariales mexicanos se sintieran seguros para apoyar este nuevo modelo económico. Y “al dejar Ávila Camacho la presidencia, México presentaba ya ciertos rasgos característicos de una sociedad “moderna”, urbana e industrial”.⁵ Tenemos pues que durante su sexenio un

4 Ortiz Monasterio, Fernando, Fernández, Isabel, *et. al.*, *Tierra profana, historia ambiental de México*, INAH-Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología, México, 1987, p. 234.

5 Meyer, “La encrucijada”..., *Op. cit.*, p. 1279.

3 *Idem.*



gran porcentaje de inversión pública se vuelve generadora de capital fijo bruto, que posteriormente se verá reducido enormemente; sin embargo, el establecimiento de instituciones y la aplicación de políticas impulsaron y sostuvieron el dinamismo del sector privado, creándose empresas estatales de industria rural, petrolera y de energía eléctrica, además se invirtió el erario público en irrigación y sistemas de caminos del México rural. Así, se crearon políticas de protección arancelaria para las nuevas industrias mexicanas y, desde 1941, las empresas nuevas y aquellas consideradas como necesarias para el desarrollo industrial de México, gozaron de exenciones del pago de los principales impuestos; además se dieron numerosos subsidios de inversión y cada vez fueron mayores los accesos a los créditos con bajas tasas de interés para la iniciativa privada.

De esta manera tenemos pues que la inversión directa y el control del crédito le permitieron al gobierno dirigir el rumbo del proceso económico, al tiempo que la presencia del capital extranjero era cada vez menor, de modo que la responsabilidad del desarrollo recayó sobre la iniciativa privada nacional y la elite política. Debido a esto, el ingreso real de las empresas fue en ascenso mientras que el ingreso real en las actividades agrícolas y no agrícolas descendió y se produjo inflación y aumento de precios en los primeros diez años de este proceso de desarrollo; sin embar-

go, en la década siguiente, los cincuenta, se produjo una estabilidad de precios que persistirá a lo largo del llamado “milagro mexicano”.

Los efectos que trajo consigo el desarrollo económico en México fueron cambios impactantes en los niveles de urbanización, de crecimiento demográfico y profundas alteraciones ecológicas que dejaron su huella en las generaciones posteriores a este proceso. La población mexicana en 1940 era de unos 20 millones de habitantes y tan sólo 40 años más tarde aumentó en 66 millones, producto de la mejora en los servicios de salud y la creación de institutos médicos destinados a la seguridad social, por ejemplo, en 1942 se crea el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) y en 1959 el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales para los Trabajadores del Estado (ISSSTE), cuyos objetivos fueron garantizar el derecho a la salud, la asistencia médica y la protección de los medios de subsistencia de los servicios sociales para el bienestar individual y colectivo. Uno de los rasgos típicos de este proceso de industrialización fue la migración multitudinaria de la población rural hacia los centros urbanos, a las grandes ciudades y zonas industriales que proliferaron en torno a ellas.

Se ha producido entonces una concentración urbana excesiva, cuyo resultado es el deterioro de la vida de las ciudades; por otra parte, se ha generado la descapitalización del campo,



que amenaza en alto grado la capacidad de las tierras agrícolas para producir alimentos.⁶

La industrialización puso al alcance de un mayor número de personas, principalmente de la clase media, los productos manufactureros, muchos de los cuales tuvieron un impacto importante en su vida diaria, por ejemplo los aparatos electrodomésticos. Para finales de la década de los sesenta la industria empleaba a más de una quinta parte de la fuerza de trabajo, tomando en cuenta que sólo el sector manufacturero representaba más del 16% de la fuerza de trabajo, siendo con ello el sector de más rápido crecimiento. Los artículos manufacturados exportados eran comestibles, textiles, productos químicos y de hule; tubería de cobre y acero, muebles de madera y metal; partes de automóvil, máquinas de escribir y equipos eléctricos. Sin embargo, la ausencia de un desarrollo tecnológico propio incrementó la dependencia tecnológica de otros países para la creación y sostenimiento de las naves industriales y los equipos que ellas utilizaban. El 50% de las plantas industriales se establecieron en la capital de la República: refinerías, industrias químicas metal-mecánicas y de papel, productoras de fármacos, textiles, cementeras; al tiempo que la industria petrolera venía creciendo: los hidrocarburos, la petroquímica, la industria de plásticos y textiles, la producción de energía, tenía todo ello su

origen en el petróleo, de modo que no es raro que éste se convierta en el agente que inicia de una nueva etapa en la historia de México, la misma que seguirá a la caída del modelo económico proteccionista.

En los primeros años de la década de los cuarenta la agricultura había desplazado a la minería como la fuente principal de las exportaciones, por ello se dirigieron grandes cantidades de recursos a este sector y se pudieron importar los bienes de capital que la industrialización demandaba cada vez más en cantidades mayores. Con el gobierno de Ávila Camacho las tierras irrigadas con recursos del Estado se duplicaron y favorecieron a los agricultores privados sobre los ejidos, ya que los primeros se consideraban más productivos, (de hecho lo eran), primeramente porque poseían mejores tierras, accesibilidad al agua; y segundo porque esas tierras eran controladas por funcionarios de gobierno, amigos y/o familiares de los mismos, y se encontraban en sitios más prósperos para el desarrollo agrícola. Así, se tiene que el comportamiento de la agricultura durante el “milagro mexicano” se caracterizó por: a) una autosuficiencia en la producción de comestibles, con niveles de consumo alimenticio más elevados y por ende mejores dietas; b) por una producción para el sector manufacturero (algodón, café, caña de azúcar); c) con la elevación de las exportaciones agrícolas; d) contar con una gran cantidad de fuerza de trabajo, ya que si bien mucha población emigró hacia las ur-

6 Ortiz Monasterio, *Op. cit.*, p. 232.



bes, aumentando la producción industrial y manufacturera, también la población rural creció en un primer momento; e) por los sistemas de irrigación y las mejoras de caminos; y, por último, f) el otorgamiento de inafectabilidad en beneficio de productores comerciales privados.

Las políticas del desarrollo se enfocaron entonces en los recursos y recompensas en la actividad industrial y la agricultura destinada al comercio, con ello se pensó poco en las necesidades del campesino. Serán estas mismas necesidades, convertidas en esperanzas de recibir tierras, lo que ayudó a la estabilidad del proceso de desarrollo. Además, es también cierto que la mayor participación política de la clase media, al menos en los puestos burocráticos de gobierno, así como la proximidad de México con los Estados Unidos, fueron elemento de gran apoyo para este desarrollo.

Por otra parte, en el aspecto político, es necesario recalcar que durante los sexenios posteriores al general Lázaro Cárdenas, se fortaleció el poder centralizado del PRI, así como el de sus organizaciones sociales de apoyo corporativistas; sin embargo, debido a que las conveniencias políticas del momento alentaban y desalentaban la reforma agraria, se suscitaban conflictos intensos en contra del corporativismo y el autoritarismo, el PRI controlaba en su centro la existencia de sindicatos, es decir, que estos eran controlados por el Estado mexicano. Así se observó en Chihuahua, en 1950, una huelga de mineros; en 1945 se sufrió una masacre

en León, Guanajuato, donde la ciudadanía se manifestó porque el gobierno no aceptó el triunfo electoral popular; se produjeron también conflictos obreros y agraristas, como la huelga ferrocarrilera y el conflicto magisterial de 1958. El éxito de la Revolución cubana y el contexto de la Guerra Fría estimulaban los ánimos de la rebeldía. Se dio pues, un incremento de la politización en la sociedad mexicana.

Las políticas monetaria, fiscal, comercial y laboral en el país estuvieron destinadas a incitar a los empresarios a que ahorraran e invirtieran en el mercado nacional, lo que reforzó la inequitativa distribución del ingreso. Los salarios reales en la agricultura y en la industria se redujeron bastante al tiempo que se produjo un lento crecimiento de los servicios gubernamentales, no obstante, se produjo una redistribución del ingreso que estuvo dirigida hacia los sectores medio superiores, lo que apoyó el proceso de industrialización. En el caso de la agricultura, sólo un pequeño segmento de este rubro se había modernizado, mientras que el ingreso se distribuía menos equitativamente que en cualquiera de los otros sectores y se produjo un aumento de los trabajadores sin tierra y la incapacidad de emplearlos, quienes al no tener forma de sacar adelante la producción de la misma, decidieron venderlas a las compañías privadas de la agricultura de exportación y/o de mercado interno.

Los beneficios derivados de este crecimiento, entonces, se concentraron sólo en

el 30% superior de la sociedad mexicana, debido a las políticas gubernamentales. Así, la herencia política del mestizo decimonónico convirtió a la política en un medio para la movilidad socioeconómica y para obtener poder personal y social. Y como el desarrollo político y económico depende del contenido de las mentes de los integrantes de las elites, es necesario recalcar que este desarrollo incrementó el poder de varios grupos tradicionalistas y neo tradicionalistas que pudieron haberse opuesto al sistema político, de manera que el desarrollo económico mexicano, el milagro mexicano, puede atribuirse a una elite política modernista y tradicional a la vez; modernista porque se ajustó a los cambios sociales y culturales que acompañaron a la industrialización; tradicional respecto a sus propios valores y normas de comportamiento, haciendo más lento el crecimiento de la política mexicana, acelerando el crecimiento económico y estabilizando el proceso de los cambios estructurales de la sociedad.

Sin embargo, también es necesario recalcar que la crisis económica con la cual se dio por terminado el milagro mexicano, fue provocado por la misma clase privilegiada, ya que si bien ésta impulsó el crecimiento del excedente, lo engrosó mientras absorbía de manera voraz los recursos de los demás. Pronto encontraría dificultades para concretar su uso y para seguir generándolo con la misma facilidad que en el pasado.

Bibliografía:

- Blanco, José, "El fin del milagro", en Aguilar Camín, Héctor (Dir.), *Nexos*, revista mensual, México, febrero de 1980.
- Hansen, Roger D., *La política del desarrollo mexicano*, Siglo XXI Editores, México, 1970.
- Meyer, Lorenzo, "La encrucijada" en Cosío Villegas, Daniel (coord.), *Historia general de México, vol. II*, El Colegio de México, México, 1994.
- Ortiz Monasterio, Fernando, Fernández, Isabel, et al., *Tierra profana, historia ambiental de México*, INAH-Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología, México, 1987.
- Pacheco, José Emilio, *Las batallas en el desierto*, Editorial Era, México, 2011.
- Zoraida Vázquez, Josefina y Meyer, Lorenzo, *México frente a Estados Unidos (Un ensayo histórico, 1776 -1993)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995.